



mi novia se cayó en un
POZO CIEGO

diego delfino



Mi novia se cayó en un Pozo Ciego

Diego Delfino



“Mi novia se cayó en un pozo ciego”

2013 © Diego Delfino.

San José, Costa Rica.

Editora: Michelle Fúster.

Portada e Ilustraciones por Arianis Vannucchi.

Contacto: minoviasecayoenunpozociego@gmail.com

www.pozociego.com

La obra contenida a continuación es provista bajo los términos de licencia pública Creative Commons. Cualquier otro uso de la obra además del autorizado bajo esta licencia es prohibido.



Agradecimientos a:

María Jesús Quesada Rivel.

Felipe Granados. Hernán Jiménez. Danny Brenes.

Carlos Bonilla. Carlos Soto. Steven Salas.

René Montiel.

Ariannis Vannucchi.

Paola Rodríguez.

Toda la gente bombo matiz que siguió el proyecto en 89decibeles.

Los Fabulosos Cadillacs.

Y a mi editora y hermana, Michelle Fúster.



*No quiero morir sin antes haber amado,
pero tampoco quiero morir de amor.*

Prólogo

Mi novia se cayó en un pozo ciego es un cuento dividido en canciones y relatado en “desorden”.

Cuenta, a partir de temas de *Los Fabulosos Cadillacs*, una historia de amor y de desamor en la Turrialba de los noventas, en el mundo pre cambio de siglo, pre pérdida de la inocencia.

Más que literatura juvenil, es literatura adolescente, sin pretensión alguna más que reivindicar el derecho a leer ameno, breve, ligero y emotivo. A ser adolescente y a ver la vida en esos términos.

Ríos y Ríos de lágrimas

*Ríos y ríos de lágrimas
forman ríos y ríos de amor
me dijo mientras me besaba la frente
y luego me dijo adiós.*

Vos Sin Sentimiento

Al teléfono su voz seca, distante, en *off*. Del otro lado de la línea, agónico, lanzo frases desesperadas: patadas de ahogado. Intento llegar a ella, convencerla. Evoco, como puedo, cada recuerdo, cada momento dorado. Se los pinto todos de colores pero uno tras otro le importan lo mismo, que es nada. Esta Elena es una muralla indiferente, una mujer de lata.

Angustiado, trato de convencerla de que no se puede definir el *parasiempre* con esa desidia insólita, con el corazón en paro y el pecho en frío. “Toma consciencia”, le digo, “es el resto de tu vida en una llamada”. No importa. No le importa. Casi puedo ver su gesto implacable, robótico, ajeno.

Lo intento de nuevo. Endoso mi corazón y un rosario de promesas por el transmisor pero caen al otro lado sobre la olla de arroz que ella raspa en la pila, presa de la más normal de las rutinas. Para mí, la llamada más importante de mi vida; para ella, un efecto secundario del lavado de los platos.

Yo quiero morirme acá

Estamos aislados en la maltrecha parada de buses que encaja la última esquina del colegio.

Mientras evitamos las goteras que brotan entre las latas nos abrazamos tiritando.

Del mundo nos separa un torrente acuífero insólito, incluso para tierras tropicales, incluso para este pueblo donde llueve desde la creación. No se detiene. No parece que se vaya a detener jamás.

Al frente, la carretera al Atlántico parte el diluvio. Los autobuses no se la juegan y pasan recto. La tarde cae y se pone oscuro, pero tenemos a mano un par de monedas de veinte. A solo tres metros y una grada de distancia, el teléfono público. Un viaje raudo hasta *allá* nos pondría a salvo pero el álgebra emocional tiene a nuestras mentes en paro. Es ella quien rompe el silencio:

— Está lloviendo demasiado, si lo intentamos nos vamos a empapar.

— Es un brinco, mirá que lo logramos. No quisiera que te hagan lío por la hora.

— No, dejalo. Esperemos. Peor me va si llego mojada.

La conversación es papeleo innecesario, una mera formalidad. Ya estamos calados pero ninguno encuentra cómo decirle al otro que esa tarde ya es nuestra y lo será para siempre. El bus puede esperar.

Galápagos

De palmo sobre la arena. Suena el mar a lo lejos pero su arrullo no me resulta ni relajante ni exótico. Su braza no lleva magia alguna, ni siquiera lava la nostalgia.

Los cangrejos que brotan de mi cabeza pican mi espalda. No cesan. Bailan mi muerte en vida. Para ellos es primero de noviembre y mi torso es un cementerio de luces. Celebran mi agonía, se deleitan.

Yo cumplí con el ritual. Llegué, extrañé, lloré, extrañé, tomé, extrañé. Entendí de pronto que no tenía madera para el trago: el sabor ingrato y la memoria intacta. Incluso desde la inconsciencia su rostro se mantuvo intacto; su sonrisa impecable. Todo, todo se difuminó; menos ella.

Seis horas después alunece, nunca he visto algo así y me pregunto si será efecto del alcohol, pero no hay tiempo para jugar a la trivía ética... por ahora, con los codos sobre mis rodillas, procuro resolver qué me asusta más: el astro blanco inmenso que devora el firmamento o el cauce que su luz ha descubierto entre el mar y mi pecho.

Al día siguiente, en portada del periódico: aquella fue la Luna más grande en cien años.

Algunas mujeres, como algunas lunas, son irrepetibles.

La manera correcta de gritar

Estoy contando los días. Tras la puerta, un calendario los agrupa. Son noventa y seis, cada uno de ellos más largo que el anterior. La cruz que trazo sobre los que han expirado lleva amargura, cólera, resentimiento. No sé si los odio a ellos, que me aplastan a patadas uno tras otro, o si la odio a ella, que puso nuestro amor en el pabellón de la muerte: “Cuando entremos a la U lo podemos volver a intentar”. Un elegante disparo en la sien, pero yo, como un zombie en negación, sigo viendo esperanza de vida donde no la hay.

Así paso las jornadas, aferrado a una frase ingrata que no me sirve ni de placebo mientras ella veranea en la playa y disfruta las vacaciones de su vida, las que nunca llegamos a compartir...

De noche, la angustia: ¿con quién se estará tomando su quinta cerveza?

Tus tontas trampas

Frente al tele, en su sala. Acaba de terminar la película de Andy Kaufman. Acompañado de R.E.M. en una canción lacrimógena, Jim Carrey desbarata toda mi masculinidad. Evito llorar, sostengo el cuadro.

A mi lado, Elenita, impasible, como quien acaba de tirarse un refrito cualquiera en Cinema Seis. Es gélida la criatura, pero prefiero atribuir tal apatía a su corta edad... no vaya a ser yo más suavecito que mi novia.

Entra su hermano menor y pone las fábulas. El Correcaminos se deleita mientras el Coyote sufre otra humillación, ley de la gravedad mediante. Yo simpatizo con él, como Dios manda.

— Debería agarrarlo algún día, ¿no te parece?

— No, ¿por qué? Es tonto y débil, se merece todo lo que le pasa. ¿Nunca escuchaste de Darwin?

Tiene 15 años y la sangre helada: la historia de Andy y la dieta del Coyote le tienen muy sin cuidado.

En mis Venas

La flaca es una escultura. Existen, las hay, yo la estoy viendo.

Sale de la cocina y se recuesta al porche, cono en mano; la gloria de los diecinueve. Yo —que me preguntaba si tal escenario solo podía existir en un flojo guión hollywoodense— la miro como si toda ella fuera el helado.

Se sabe única en el ecosistema, lo disfruta. Mientras las otras recurren a pañuelos cuando no a paños, ella luce sus largas piernas al viento con una seguridad napoleónica. Bajo el marco de la puerta, posa sin saberlo para la foto mental perpetua.

Su silueta es como un satélite natural, todo el sol se refleja en ella.

Extiendo el periódico, no sé si por discreto, educado o cobarde. De reajo, capturo tanto como puedo. Sobre las dos piezas del traje de baño, como quien no quiere la cosa, un remedo de vestido a base de hilos blancos y gruesos, idénticos a los que sostienen la hamaca en la que mezo mis babas.

Bendita el alma noble del tejedor labriego, sencillo y humilde que a mano levantó la pieza. Aquello no protege del frío, aquello no viste, aquello no tiene ningún otro objeto más que el trastorno inevitable de mi tarde. Cada uno de esos rombos fue meticulosamente bordado con alevosía, pensando solo en exponer el porcentaje exacto de piel para sabotear mi cordura: ni desnuda se vería mejor.

Rebeca, astuta, pretende no darse por aludida. Continúa lamiendo el helado mitad desafío mitad inocencia, acabando al instante con toda noción de freno emergente. No. Valgo. Un. Cinco.

Silencio Hospital

Se viene el trasplante de médula. María está, como siempre, más que optimista, segura. Yo, presa fácil de su poder de persuasión, estoy con ella. Esto es de trámite, no más.

Quedamos en que visitaré el lunes con un pase familiar pero me llama temprano y me dice que lo dejemos para después. “El doctor no quiere nada de emociones fuertes el día antes”. Dale, te llamo mañana.

No estoy pensando en preguntarle por la operación sino en felicitarla por su cumpleaños. Son casi las cuatro, ya debería de estar despierta. Me atiende su contestadora y le hablo al vacío.

“Hola cariño, ¡veinte! ¿Lo podés creer? Vamos para adultos, esto no pinta nada bien. Hablame en cuanto podás, estoy despierto hasta tarde, que tengo examen mañana. Espero todo haya salido bien”.

A las ocho de la noche suena el teléfono y no es ella.

“Santiago, María murió esta tarde”.

Estamos Perdiendo

El saludo, todo lo incómodo que ameritan las circunstancias; finalmente coincidimos en la universidad. La foto no podría ser más distinta de la que ambos habíamos imaginado. Saca un espejo y se escuda en él. Busco el reflejo pero es más bien el sol de marzo el que me ladra como perro de traba. Nada, ni un destello de mirada me comparte mientras me zarandeo entre las migajas; un cuadro patético.

Su prima me mira con condescendencia mientras yo imagino cuánta lástima puede dar mi estampa; otrora libertador de las tierras olvidadas por Cristo, ahora solo un simio más en la vereda. Todo un periódico de ayer.

Una brigada de comadreas excitadas la rodean. Compañeritos que también debutan en medicina. Me resultan criaturas despreciables pues se han asegurado como mínimo cinco años a su lado, toda una eternidad a la par de los tres que fueron míos. Pareciera que lo saben, me miran con desdén.

“Bueno, me tengo que ir, que lindo verte. Cuidate”.

Le sonrío y mantengo, a como puedo, el marco de los huesos. Por dentro, la náusea contenida.

La úlcera cocinándose. El rancho ardiendo.

Basta de llamarme así

Le estoy hablando a un fantasma. Le pido que me lleve con él porque no tengo la valentía suficiente para irme solo. Sonríe, pero no contesta. Lloramos.

Le juro que no olvidaré su nombre, que lo defenderé. Sonríe, pero no contesta. Sabe que cuando me toque hacerlo, callaré, mientras los campeones en la mesa de tragos se reparten las bragas de una muerta.

Lloramos.

El genio del dub *

Esa noche aprendí que se puede dormir con los ojos abiertos.

Llegué a mi casa con el pulso en la nuca, pasé recto sobre mis viejos. Sudaba frío y no podía escuchar lo que me decían. Olvidé la cena, olvidé el partido: subí al cuarto en trance.

En la cama, boca arriba, absorto. En el techo, encuadrada de esquina a esquina, su imagen intacta. Restriego mis ojos. Sigue ahí. Prendo la tele. Sigue ahí. Apago y abro un libro; no hay caso... sigue ahí.

Tomo mi diario y por primera vez en mucho tiempo escribo una sola línea: ¿Quién es esta mujer y qué ha hecho conmigo?

Botellas rotas

Bar capitalino anónimo, noche condenada al olvido; la mirada inerte fija en la pared.

Resignado, preparo maletas para el silencioso y discreto retorno al hogar. Entonces, la extraña radiante que sale de las sombras:

— ¿Estás solo?

— ¿Eh? ¿Tomando solo o... solo de solo?

— Ay muchacho...

— Sí, sí, solo, ya se fueron mis amigos.

— Los amigos no se van, viniste solo.

— Si bueno, se fueron temprano, tenemos examen mañana. Yo me eximí.

— Ah, todo un nerdo. ¿Y qué estudiás?

Dios mío, qué guapa, me voy por la puerta grande hoy.

— Derecho.

— Ah... derecho...

Alerta amarilla, perdemos terreno: rápido sondeo visual, corroboro su atuendo y arranco de cero.

— Me quiero pasar, demasiado frío y estático. Más bien estoy en busca de algo cálido y vivo, más ligado al arte...

La línea no me la creo ni yo, pero los ojos de la desconocida se encienden.

— Yo estudio teatro.

— ¡Faltaba más!

— ¿Cómo?

—Perdoná, cuando tomo pienso en voz alta.

—¿Qué más hacés cuando tomás?

—Estúpido.

—¿Qué tanto?

Lo siguiente que recuerdo es un puñetazo en la frente. No en la cara, en la frente. Después el suelo, una patada en el estómago y la voz de un tipo que me dice al oído: ¿Usted qué, imbécil?

No es el novio de la morena. No es el hermano. ¿Quién es este desgraciado?

Mientras me lanza una segunda patada, colérico, agrega: “Me pasa enjachando toda la noche para terminar ligándose a esta cualquiera”.

No he salido de mi asombro cuando seguridad nos saca a puntapiés en medio de una silbatina: “¡Jale locas! ¡Limpien ese plumero!”

A como puedo me subo a un taxi. Llego a casa adolorido y maltrecho. Busco las llaves en la bolsa y encuentro un papel. ¿Y esto? ¡Una servilleta con un teléfono! ¡¡La morena!!

“Me encanta ese aire sudaca que tenés. Llamame, Carlos”.

Mi Novia se cayó en un pozo ciego *

Elena es un espectro. Despojada de su brillo natural transita errante como un satélite soviético oxidado por el olvido. Es un puto fantasma, no más. Le llevo discos, le llevo chocolates, le llevo flores: adornan los basureros.

Hermética y con gesto ártico ignora cada uno de mis llamados. Ruego. Imploro. Ella se refugia en un coma autoinducido como si fuese una larva que luego brota en murciélago.

¿Estaremos a tiempo?

La culpa me pesa como el Mar Muerto. Me juro responsable del resto de su vida, del resto de la mía. ¿Quién carajo soy yo para hacernos esto? Soy un impostor, soy el ladrón de la pureza, soy el verdugo de los buenos tiempos, soy la bala que mató a Lennon.

Por momentos, Elena trastabilla, parece que vuelve; pero es un paso al frente y tres atrás. La veo alejándose mientras transita por ese jodido umbral que separa al iluso del adulto, al ordinario del excepcional. Es la pérdida de la inocencia a patadas. El fin de la infancia.

Una ciudad llamada vacío

No vas a volver un carajo. Vos ya lo tenés resuelto. Yo ya lo tengo claro. ¿Andrea? Andrea no entiende, o no quiere entender: “Usted tiene que salir a bailar, a conocer otra muchacha”. Sí claro, cómo no, pasa que, yo ya conozco otras muchachas y es precisamente por eso, que no puedo olvidarme de esta. “Ah pero no has bailado con ellas, salí a bailar que bailando se olvida”. Andrea, que insiste, tal vez esperando que la invite a ella, como si yo supiera bailar, como si yo quisiera bailar, como si quisiera bailar con Andrea.

Me despido de ella, tomo un bus a casa y me bajo en el parque.

Al pie del árbol veo pasar las horas hasta que anochece. Camino sobre la plaza y mi sombra se parte en cuatro. Cuatro veces más solo que la noche anterior. Me lo tomo con humor... y bailo. Bailo en el centro de la cancha como un molino que cayó sobre su espalda y extendió sus astas al Ecuador. Bailo entre risas buscando el olvido, que no llega.

Yo no me sentaría en tu mesa

Llevo semanas viviendo en automático. Mis amigos me arrastran con paciencia pues les batallo como ancla en arrecife. No me dejan botado. Me obligan a salir repitiendo mil veces aquella historia de los otros peces que hay en el mar. Yo solo pienso en ahogarlos a todos.

Tomamos asiento. Alberto y Javier cumplen con el ritual de cuidar mis espaldas mientras que Alonso y Gustavo juran que no hay mal que no haya curado una cerveza (o cuatro). Los dos primeros se sientan a diestra y siniestra, el otro par se turna la ronda. La noche, desde temprano, lleva mala espina.

Por la puerta principal, una patada en los huevos. Flamante y sonriente entra, recién llegado del aeropuerto, la más infame exportación de la Península Balcánica; *medalla de oro*. A toda la mesa se le salen los ojos, salvo a Alonso, que lo saluda efusivo y alegre. Ignora que estrecha la mano del tipo que se está entendiendo con la mujer por la que hoy nos hemos reunido.

Yo te avisé

(o una conversación cualquiera con Roberto)

— Te dije una y mil veces que ella te daba vuelta desde antes.

— No, nunca me lo dijiste.

— Bueno, te lo estoy diciendo ahora, vos en la capital y la rubia paseándose en el deportivo del capo.

— Me estás jodiendo.

— ¿Qué te pasa huevón? ¿Por qué te mentiría a estas alturas?

— Yo que sé. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

— ¿Me habrías creído?

— No.

— Ves, no tenía sentido. Por eso te digo lo digo ahora, que estás cabal y fuera de la nube, que no llores por una mujer que tras de que debe, cobra.

— Menudo consuelo.

Muy, muy temprano
(o un diálogo matutino en la pulpería de Irving)

— Hoy vino Santiago, el muchacho de los cigarros, otra vez.

— ¿Por qué le prestás tanta atención? Es un cliente más.

— No. Este chico está mal, algo tiene.

— Sí, un ritual con vos; saludo, dinero y tabaco.

— Es cierto. Pero olvidás un detalle.

— ¿Cuál?

— El estricto aire de desconsuelo con el que entra. Es como si lo rigiera una dictadura de tristeza.

— ¿Y?

— Y nada. Que hoy me dejó preocupado.

— ¿Venía más deprimido que de costumbre?

— No. Venía muerto de la risa.

Estoy harto de verte con otros

Andrea Echeverri es un monstruo pletórico en sudor, talento, brillo y magia. Esta es su noche y por ende la mía. Es el clímax de su carrera y Los Aterciopelados dejan todo en las tablas. Es la cúspide de mi adolescencia y hago lo propio en la pista. Canto, brinco, bailo, coreo.

A lo largo de un repertorio soñado voy desaforando todos mis demonios. Me bulle la sangre mientras la semidiosa cataliza mi resurrección a partir de constantes bombazos de adrenalina. Es el mejor concierto de mi vida. Uno tras otro viajan los hits desde su garganta de lata hasta mis oídos de palo. Canto, brinco, bailo, desentono.

“Ya no quiero ir hacia usted corriendo, ya no quiero gritar más su nombre. Bien lejos, lejos de su influjo, de la casi muerte, que fue su querer”.

Aferrado a cientos de manos que no conozco, mi corazón es mucho más que una fábrica abandonada; hoy hace suya la revolución industrial, hoy camina sobre los hombros cómplices que lo levantan por encima de cualquier desventura. No me he sentido mejor en meses: al carajo con el Prozac, Andrea es todo lo que necesito.

Mi camiseta fue una bandera, mi desvergüenza un escudo. Inmune, radiante, renovado, caminé hacia la puerta. “Salgo de aquí siendo otro hombre, empezando de cero”. “Ahora sí papá, pasamos la última página, cerramos el chinamo, exorcizamos la bestia”. Era como tener a Guardiola dirigiendo en mi cabeza, podría jurar que iba dos centímetros por encima del suelo.

“De una titán, de una: sondeá caras, medí rostros, escaneá semblantes. Acá está tu futura esposa”. Y sondí caras. Y medí rostros. Y escané semblantes. Y me fui a la mierda.

De la mano de *medalla de oro*, Elena salía del concierto, radiante.

No hay salida de emergencia. No hay plan b, no hay nada más que rogar al cielo para que no me vea.

Pero me ve.

Y lo pierdo todo, otra vez.

Aun los escuchamos cantar

Salgo con Abbas, mi amigo árabe. Es noche de rumba y olvido.

Abbas, a quien conocí hace solo dos meses, me ha adoptado como su discípulo. Está implícito y está todo bien: yo no podía pedir mejor maestro, nunca en la vida vi un tipo tan seguro de sí mismo. Su arrogancia se sostenía más allá de esa mueca de Aladino: combinaba lo mejor del fisicoculturismo griego con un linaje digno de Omar Sharif.

A su lado yo me veía más blanco, más pálido, y más minúsculo, pero no me importaba. Contaba entonces con el efecto *ricochet*, tantas mujeres arrastraba este tipo que alguna terminaría rebotando conmigo. Hoy noche —me ha dicho— conoceré mieles foráneas y olvidaré todas las lecciones aprendidas con el desprecio local. Las extranjeras son su especialidad. “Vienen y se van, nunca más volvés a saber de ellas”.

Entramos a un sitio con aspecto de mercado donde los bares surgen unos encima de los otros. Es el destino turístico número uno de la capital y aunque yo nunca había puesto pie ahí, para Abbas era la más viva representación del río revuelto.

Complacito, arroja sus redes mientras yo me asfixio entre la gente y la música. Cada que puedo tomo un trago mientras me pregunto qué-estoy-haciendo-aquí. Peor todavía: ¿Qué estará haciendo Elena? ¿Será que ahora sale a lugares así? ¿Será que me la encuentro?

Abbas aparece con 5 gringas y las sienta a la mesa. Sonriente (otra vez), me presenta con una de ellas. “Esta es Kimberly, me estaba contando lo encantada que está con en el país”. Retoma labores con las otras cuatro y se olvida por completo de mí.

Durante una hora converso con ella. Es un monólogo, no paro de hablar. Eventualmente

Kimberly se levanta y busca a sus amigas, habla con Abbas. Este se pone en pie, las llama a todas y se va. Yo me quedo esperando, confundido.

La gringa no regresa.

Abbas tampoco.

Pasan las horas y no he sabido irme. Cada que puedo tomo un trago mientras me pregunto qué-estoy-haciendo-aquí. ¿Qué estará haciendo Elena? ¿Será que ahora sale a lugares así? ¿Será que me la encuentro? ¿Qué pasó con Kimberly? ¿Será que no debí hablarle a de la Guerra en Kosovo?

Es tan lejos de aquí

Cuatro y treinta de la tarde, clase de historia del derecho.

Agitando la tiza por los aires el profesor habla y gesticula con emoción, pero yo no escucho nada. Desprendo, acaso por ósmosis sonora, que Hammurabi fue un tipazo. Lo siento maestro, no es culpa suya, no puedo ver a la pizarra porque la estoy viendo a ella.

Verá usted.

Hammurabi fue.

Elena es.

Está en la capital y se ha colado en el aula, haciéndose pasar por la más joven y bella estudiante de leyes que haya recibido la facultad en toda su existencia. El profesor no lo nota. Nadie lo nota. Nadie lo sabe. A mí el corazón se me sale por todas las ventanas.

— ¿Esa que vino ayer era tu novia?

— Es.

— ¿Qué estudia?

— Español, Matemática, Biología, Sociales...

— ¡Es menor de edad!

— Y vos sos un Watson del siglo XX.

— ¿Pero a dónde salen?

— Al Parque.

— ¿Qué?

— Al Parque imbécil, sí, al parque.

— ¿La sacás a pasear al menos?

— No tengo carro, viajo en bus.

— Pero me dijiste que vive a hora y media.

— A veces a dos, pero parecen veinte.

— Y vos... ¿Vas hasta allá todos los viernes?

— Todos los que puedo.

— Pero, entre semana, ¿salís por acá?

— No.

— ¿Y qué hacés?

— Le escribo cartas.

— ¿Qué?

— Cartas imbécil. Sí, cartas.

Revolution Rock

Recuerdo salir de mi casa por la noche y sentarme al lado de la carretera, sobre la baranda. Tendría unos 12 años y aquel juego me resultaba la mar de entretenido. A mi lado, Ernesto, listo para la competencia. El tráfico era de moderado a inexistente, así que conversábamos mientras tomábamos turnos para el reto.

El arte estaba en saludar efusivamente a cada tráiler que pasaba (como alma que lleva el diablo) en procura de una sonora respuesta. Amábamos todos y cada uno de los elementos de la ocurrencia. Sucede que la noche caribeña es siempre espesa y en medio de la nada... pues casi muerta. Entonces, el súbito golpe que cada uno de esos aparatos le propinaba al silencio y a la calma de nuestra charla nos resultaba fascinante.

Primero las luces, advirtiéndole a cualquier armadillo atravesado. Después, la bestia metálica en bólido, apenas con el tiempo suficiente para reparar (a veces) en nuestra presencia mientras levantaba toda hoja malpuesta en el camino. Finalmente, la bocina transatlántica contestando nuestro saludo: me sentía tan vivo como la naturaleza misma.

El juego duró lo que tenía que durar *-el fin de la infancia-* y nunca más volví a pensar en él.

Hasta que.

En las afueras de Derecho, haciéndole números a la eternidad del cangrego, perdía yo las horas sobre las gradas de piedra. Acompañaba a Andrea, querida compañera que me había adoptado dentro de su grupo de amigos, quienes me aceptaron resignados. Ella llevaba los hilos del grupo y lo disfrutaba. Yo no me daba por enterado, la Universidad era consecuencia y no causa; no andaba en busca de amistades, tan solo me dedicaba a contar las horas hasta que llegara el viernes. Nada podía perturbar mi letargo social y académico.

Y entonces, tomá.

Primero las luces (saltan los armadillos).

Después el bólido (brincan las hojas).

Finalmente, la bocina (se dispara el corazón).

— Hola, yo soy Rebeca, mucho gusto.

Vasos Vacíos

No sé bien que día es hoy,

Sólo sé que te vi salir

Y en 5 ~~minutos~~ **segundos** perdí

Las letras para hablarte a vos.

Siempre me hablaste de ella (o lo que pasa cuando Alberto toma la palabra)

Quizá Elena no lo sepa, pero después de la tormenta no vino la calma. Quizá Elena no lo sepa, pero lo que para ella fue un viraje a babor para Santiago fue un naufragio. Y aquí, sus amigos, buceamos buscándole.

Botella de Humo

Es navidad y una anciana pide sobre un puente.

Quiero bajar del carro, no me interesa la cena: no me alcanza la elasticidad facial para hacerle la fiesta a los demás. ¿Por qué no puedo disfrutar ni siquiera de mi tristeza?

Quiero participar del asfalto y de la brisa con la anciana. Quiero pedir con ella y compartir la indiferencia que resopla sobre sus espaldas, compartir su anonimato. Compartir la sonrisa ocasional que un gesto amable cualquiera nos pintara en el rostro. Quiero que nos sentemos a ver la centella vehicular con los pies sobre el vacío. Que me cuente su historia y que yo le cuente la mía.

Verla reír. Que me diga que lo mío es mal de amores y que el primero siempre es el más fuerte. Que me diga que si Elena de verdad me quiere me tomará de vuelta y un buen día nos burlaremos juntos de todo esto. Y que si no me quiere no importa, que en cuestión de dos semanas la olvido y de una la reemplazo.

Y reírnos juntos, sabiendo los dos, que no será así.

Reparito

No recuerdo la última vez que recé, no soy de oraciones ni cábalas. Pero hoy es 9 del 9 del 99 y no estoy dispuesto a pasar un día más sin ella. Fue un pleito torpe, la ansiedad de siempre; no nos vemos lo suficiente, nunca tiene tiempo ni permiso. Le dije que no quería saber más de sus excusas. Que chau, “ahí nos vemos”.

Pensé que me llamaría. No llamó. Pensé que me buscaría. No me buscó.

Me llamó *alguien más* y me dijo que la vio con *alguien más*. Temí lo peor; no que hubiera estado con otro sino que le hubiera gustado.

Bajé todos los santos, me puse faja y zapatos; me fui a sorprenderla en medio paseo colegial. No importa este otro personaje: no es nadie. Importa que yo siga siendo alguien. Importa que esta camisa de vestir y estas rosas me salven la vida. Importa que todos estos recursos, tan ordinarios como desesperados, sirvan de algo.

Sus compañeras, aliadas: me indican, entre risas, donde encontrarla. Nos vimos y todo el campo ferial se detuvo, hasta la rueda de Chicago paró a ver. Dos almas jóvenes e ilusas, fundidas en un abrazo, llorando.

No ha pasado nada, todo está bien: nadie podrá quitarnos este momento.

Conversación Nocturna

Hay un carrito miniatura en llamas.

Dos chapitas contramarcadas y medio salario escolar arden junto a un álbum de postales alusivas a una fábula que ya no recuerdo. Complementa la fogata un uniforme viejo de fútbol y la mirada de Belcha que, sentada a mi lado, no entiende nada.

“Frente al fuego, el tiempo vuela. Santi: con las llamas apagás el recuerdo”.

En condiciones normales habría escapado de cualquiera que me hablara de ese modo. Pero este era Jafís; mi amigo rasta, abogado y poeta. Mi consejero espiritual *ad honorem*.

Él no pidió ni buscó el puesto. Ignora que lo embestí con un cargo que se ganó el día que le conocí. Así pasa siempre con la gente que uno guarda de por vida: te marcan desde el primer contacto. Puede que no los volvás a ver, pero ya nunca los olvidás.

Tal fue la primera impresión de Jafís; indeleble. Diez años más viejo que yo lucía a mis ojos como un sabio de la montaña. Caminaba apoyado sobre su paraguas como si fuera un bastón y sonreía incluso ante un insulto. Pausado al hablar, iba dándole el énfasis necesario a las palabras fundamentales. Bastaba con captar la mitad de lo que decía durante el café y aprendías más que en las clases de toda una semana. Él lo sabía, pero necesitaba un título que lo validara.

Jafís se pavoneaba entonces por los pasillos de Derecho como el abogado más improbable, un intruso en el sistema, un indeseable. Podías ver el desagrado en la cara de los profesores. Podías ver a Jafís disfrutándolo. Años atrás había sido piloto y había perdido a todos sus compañeros de academia en diferentes accidentes. Jafís, el sobreviviente.

“Quemalo todo Santi, quemá hasta la última foto, no salvés una sola carta”.

Jafís, el hombre de las mil mujeres y los mil y un poemas. Jafís, la sabiduría indígena, la paciencia asiática, la pluma latina, el humor caribeño. Jafís, el único al que permito llamarme Santi. Jafís, el casi muerto, el que todo lo ha vivido porque tiene ya treinta años. Jafís, el incuestionable.

— ¿Le prendiste fuego a esa carajada?

— No quedó ni la ceniza.

Jafís sonrío orgulloso y satisfecho, coloca una mano en cada uno de mis hombros y me dice:

“Estás listo muchacho, tinta fresca y liviana para escribir de otras mujeres, esto apenas inicia.”

En casa, arriba, en el último rincón del closet, una caja de zapatos. Adentro, una colección de cartas, fotografías y recuerdos.

Intacta.

Tengo solamente dos maneras de estar cerca del cielo

Una empieza y la otra termina en vos.

Más solo que la noche anterior

El tiempo, en manos de una mujer, es un activo infinito. No existen las canas, no existen los accidentes de tránsito, no existen las fases de la luna. Yo, que lo veo escurrirse entre mis venas, no lo encuentro suficiente, no me alcanza tanto como lo necesito.

Pero Elena es toda optimismo, me lleva de un lugar a otro sin preocuparse por nada, sin elegir nunca el destino que espero. Yo la acompaño, resignado y obediente. Saludo todas estas caras que no son ni serán nadie jamás. Me resultan alienígenas, criaturas de una cultura distante, ajena a *lo que es real*. Cuento los minutos, las horas, los días.

Ella gravita hacia el patio con un vaso de plástico en la mano y yo la miro desafiante, con mi mejor cara de cómo-podés-disfrutar-de-esto. Me corresponde y sonrío, porque me entiende, pero sabe que igual debo entenderla yo a ella, que sí, lo disfruta. Empieza entonces a bailar, sola. Y yo la veo, ceño fruncido, mandíbula en jaque.

Mascullo en un idioma que solo yo entiendo mientras ella, con sus ojos cerrados, dibuja las notas de algún reggaetón panameño. Pierdo, en cuestión de segundos, todos mis escudos. Poco a poco la imagen me seduce: la música no tiene volumen, la gente no tiene rostro. Astuta, como si supiera que ya todos sus ejércitos me han rodeado, quiebra de golpe su cuello, se voltea y abre los ojos que de par en par toman por asalto los míos. Me desarma al instante y entonces sí: el tiempo es eterno, toda espera es poca.

Número 2 en tu lista

Salgo rumbo a su casa rompiendo protocolo e ignorando su pedido de espacio y distancia; el año nuevo está a cuatro días, ¿cuánto tiempo más puede necesitar? ¿Por qué no quiere verme del todo?

Su madre me saluda con amabilidad sutil. Se apiada de mi rostro incoloro, pero se complace de conocer ya mi suerte: soy historia precolombina. “Pase adelante, Elena está en el cuarto”. Me flaquea el tino mientras doy cada paso, es como entrar a mi propia vela.

No logro traducir su dinámica a un lenguaje común. Luce distante y segura de sí misma. No afloja, ni siquiera cuando encontramos la foto que recortó de una revista dos años atrás. “Así se va a ver nuestro hija cuando cumpla cinco”, había dicho entonces. Ella misma me la da, sin prestar mayor atención. Inmune, negocia la rendición como quien trata con una horda de precaristas. “Después de vacaciones podemos vernos y hablar”.

— Y... ¿Cómo te fue?

— Está saliendo con otro tipo.

— ¿¿Qué?? Pero. ¿De qué estás hablando? ¿Te lo dijo?

— No hizo falta.

Bonus Track: Twist y Gritos **(o una oda a la tecnología)**

Yo inventé el *ringtone* anacrónico.

(Cuando) No existían las líneas fijas porque nadie hablaba de líneas móviles.

(Cuando) La mensajería no era instantánea y los mensajes eran recados.

Yo inventé el ringtone anacrónico cuando bajar una foto de la web era pero que esperar un fax.

Programé, como si supiera.

Edité, como si pudiera.

Y entonces.

Cada vez que Elena entraba en bitácora digital,

sonaba una canción de los Beatles.

(Y el corazón me daba un vuelco).

Te tiraré del altar

Es una boda humilde en una pequeña iglesia al otro extremo del pueblo.

Dagoberto Porras (me dicen) es montador de toros y Sarita Cruz (asumo) se dedica al hogar.

Hay poca gente, sus familias están más allá de la montaña; se les complica venir. Nosotros estamos aquí no-sé-porqué. Tal vez porque a Elena yo la sigo a bingos, a mitines del club de leones y sí, hasta a la iglesia.

Novena fila, premia la discreción. El sacerdote habla del matrimonio y yo, por un instante, dejo de ser laico. Quiero hacerle señas, quiero convencerlo de un 2x1. Quiero ser mayor. ¡Quiero casarme con esta mujer!

No puedo, claro. Y sin embargo... no fue necesario.

Mientras las palabras del cura bendecían a la pareja desconocida, Elena y yo estrechamos con tanta fuerza nuestras manos que el Cristo en la pared cimbraba.

Más que un compromiso, una ilusión.

Estrella de mar

Sueño que me vas a esperar, vos sos lo único que me importa.

Su más reciente carta está escrita en la parte de atrás de una lista de compras. “Lo siento, necesitaba escribirte y no tenía nada más a mano”. Explica tan bien cómo puede cuánto añora la llegada del viernes. “Es como en El Principito, cuando el zorro esperaba al niño”. Cada vez que escribe me cautiva: siempre elige mejor las palabras que yo.

Me cuesta decírselo, me cuesta explicárselo, pero no fue sino hasta que la conocí que descubrí que en el corazón hay una alacena llena de trompetas. “Lo que pasa es que no suenan por cualquiera”.

El satánico Dr. Cadillac

Roberto, hombre de pocas palabras, toma un trago, entiza el taco y tira directo a la buchaca.

— Mae, la vieron en la Calle.

— ¿Y? Media universidad va a la Calle.

— Sí, pero no media universidad termina ranchando en el caño.

— Cualquiera se pasa de tragos en una mala noche.

— Sí... pero no cualquiera se sube a una mesa a que le den ronda de aplausos.

— ... Son las juntas, ella no es así.

— No mae. Su novia no era así. Pero Elena ya no es su novia.

— Elena ya no es Elena...

— Póngalo como quiera maricón: usted está llorando un muerto y hace mucho pasó el novenario.

El mensaje soy yo

A Jafís solo le hace falta una pipa. Acaricia una barba inexistente y sin meditarlo mucho, dispara: “la verdadera revolución es la que derroca al gobierno de la autocensura, del reparo social, del que dirán”.

Yo lo miro perplejo. Jafís, el filósofo.

—¿De qué estás hablando?

—Santi: la esencia de la libertad no es territorial, sino personal.

No doy pie con bola. Previo a su momento zen yo le había mostrado mi tatuaje: una figura extraterrestre atrapada en una celda, barrotes adentro. Procuré sonar tan interesante como pude, explicando cómo la figura representaba los dos sentimientos que dominaron mi adolescencia: alienación y encierro. Le detallé que había sido obligado a ser alguien diferente a quien era, que me había sentido atrapado...

Le pierdo la paciencia pero él sigue igual de parsimonioso.

— Jafís, ¿a qué viene esto?

— A que no me interesan las excusas que ponés para justificar tus quejas. Lo que te pasó es irrelevante, es cómo reaccionaste lo que define quién sos.

[Pausa ligeramente inquietante]

— ¿Entonces?

— Entonces nada. ¿Vas a seguir hablándome de tus traumas y de cómo te duele que te dejara Elenita o vas a darle pelota a Rebeca que está como mandada a hacer?

Jafís, el pragmático.

Chico Perdido

Trajo mi madre de México, un rosario fosforescente. Antes de que le pusiera dueño, me hice con él y decoré la oscuridad de mi cuarto con una imagen un tanto macabra a la que por supuesto, nunca le recé. Ni falta que hizo.

Un muy buen día, pasó por casa una señora francesa, amiga de mi vieja. En código yo le llamaba SMS (señora misionera sectaria) pero su nombre era François. Buena persona y buena secta; viajaban por Latinoamérica invitando a la gente a “vivir”; no más. Rezo, pan, café y alguna que otra armonización. Una vez que un grupo tomaba fuerza en la república bananera de turno hacían maletas y partían rumbo al siguiente destino tercermundista.

Mi madre, en alguna etapa de aburrimiento extremo, trenzó amistad con SMS y la hospedó una que otra vez a lo largo de la década. Esta sería su última visita, pero también la más importante. Para mí, claro. La mujer entró a mi cuarto, vio el rosario y la sacudió un golpe de locura: “¡es una señal, este chico tiene que ir a Francia!”.

Y fui, financiado por el clan de cristianos del *new age*. El siglo estaba por cambiar y 1000 jóvenes de todo el mundo se reunirían en un destino secreto al sur del país para “compartir” y “aprender”, nada más.

Cada nación ofrecía un espectáculo por noche, como si todos los días inauguráramos las Olimpiadas. Las delegaciones eran numerosas, 20 de México, 15 de Argentina, 6 de Perú, 10 de Nigeria, 8 de Alemania, 12 de Australia... 1 de Costa Rica. Llegó mi turno y no tenía nada preparado. No sabía bailar, no sabía cantar, no hablaba francés, me llevaba el tren.

François se acercó y me pidió que hablara de la naturaleza o de cómo era vivir en una sociedad sin ejército... caminé hasta el centro de la inmensa carpa alzada en medio de la nada, tomé el

micrófono y recité un poema de Jorge Debravo:

Yo no quiero un cuchillo en manos de la patria.

Ni un cuchillo ni un rifle para nadie:

la tierra es para todos,

como el aire.

Me gustaría tener manos enormes,

violentas y salvajes,

para arrancar fronteras una a una

y dejar de frontera solo el aire.

Que nadie tenga tierra

como tiene traje:

que todos tengan tierra

como tienen el aire.

Cogería las guerras de la punta

y no dejaría una en el paisaje

y abriría la tierra para todos

como si fuera el aire...

Que el aire no es de nadie, nadie, nadie...

Y todos tienen su parcela de aire.

El aplauso de los latinos hizo eco en el de los europeos, los asiáticos, los africanos y los gringos: el lugar se desbarataba en palmas y yo me sentía un fraude. Estaba a punto de explicarles que lo había memorizado para un examen de la escuela cuando enmudeció el auditorio.

Al menos para mí.

Brillaba tanto la dentadura de esa niña que ya no percibí el sonido y por un instante yo mismo fui el poeta.

Mónica Espinosa, Ciudad de México, 17 años, fan #1 de la poesía de Debravo, o bien, de la mía... cada uno de sus incisivos centrales valía una mentira como esa. De pronto, sus ojos sobre los míos y sus brazos dibujando triángulos hasta su cintura. Y esas manos... sutiles, finas, perfectas. Podría salirme con la mía y nunca nadie lo sabría. Podría.

— Y... ¿tenés novia en Costa Rica?

— Eh. Este... sí.

Contrabando de amor

“¿Que si estoy enamorada de él? No, y con todo el respeto que se merece quien te lo haya dicho, él no es una versión mejorada de vos”.

Elena, sobre *medalla de oro*, vía correo electrónico. Cariñosa, atenta, considerada, pacífica. Pero yo no puedo ver nada de eso. Me ciega la rabia, el enojo, la desazón y el amor no me deja pensar. Solo leo intriga y manipulación.

Repaso una y otra vez y me tramo solo. “Lo que hiciste me rompió el corazón, y me quitó las ilusiones”, dice. Pero yo no puedo ver más allá de eso. Ese dolor tan calmo, tan asumido y tan superado me descompensa; yo tengo la herida a flor de piel.

Mastico ácido, trago jaqueca. No importa si está enamorada o no del tipo. Importa, que el infeliz se la llevó. Importa, que ya no la voy a recuperar jamás. Importa... que a él no podría importarle menos, que es una más, que es “otra”, que lo será después para otros.

Que todo es culpa mía.

Todas las cosas que ella me dio

Rebeca llora desconsolada, yo soy una pared apática. Pongo sobre sus hombros el peso de toda la culpa del mundo. “Espero nunca verte con ella porque me podría enfermar” había escrito Elena. “El que estés con esa tipa me duele mucho” escribió después. Y entonces yo la fleté, a sabiendas de que no ganaba nada. Incapaz de cuidar de ella, que cuidó de mí, que apostó todo su afecto en un hombre sin sombra.

Ahí estaba frente a mí, aquel saquito de huesos, temblando, vulnerable. Se peleó con la humanidad por un canalla. “Cobarde”, parecía decir entre dientes. Tal vez lo dijo. Tal vez yo preferí no escuchar. Cobarde y medio.

Los olvidados

“No te quiero tener lástima, pero no me dejás otra opción.” Jafís, por primera vez desde que lo conozco, impaciente. “Ninguna mujer vale tanto duelo”. Su tono es de reprimenda, su mirada de profunda decepción.

— Eso decís porque nunca encontraste a la definitiva.

— Encontré a varias definitivas. A todas las quise.

— Yo solo quiero a una.

— Bueno, que sea la siguiente.

— Te decís poeta y no entendés nada...

— La poesía nace del amor o el desamor, no del absurdo. ¿Quién llora a quien no lo amerita? ¿Se murió la muchacha?

— No, pero así lo siento. Es el amor de mi vida.

— ¡Qué clase de estupidez! Si fuera el amor de tu vida no estarías esperando el bus conmigo sino con ella. Si fuera el amor de tu vida habrían superado esto y mucho más.

— Pero...

— ¡Pero ni mierda! ¡Suficiente de esta tipa! Entendé que ya fue y ya no va a ser más. Vos acá en un drama apocalíptico y ella que ya se debe de estar gozando a media universidad. ¡Despertá malparido! Lanza el insulto como un trueno y de inmediato golpea el suelo con la punta metálica de su paraguas. Se me paraliza hasta la última ameba, quedo en *rigor mortis*.

No me dirige una sola palabra más; sube al bus y no vuelve a ver. Yo me quedo sentado, esperando no sé qué.

Padre Nuestro

Marzo es casi abril pero el clima remite al día de los muertos. La acompaño a tomar el bus. Caminamos desde la Universidad hasta la plaza, mis pasos presa del silencio y la decadencia. Ella lo banca un poco mejor: casi resignada empieza a cantar a medida que nos acercamos a la parada.

No conozco la canción, pero la letra, en sus labios, me mortifica:

*Tengo el alma escapada,
La conciencia mareada
Mi vida esta tan cansada,
De buscar tu perdón
Vengo volando muy bajo
Buscando algun claro donde descansar
Es que me vengo bandeando,
Me estoy cayendo de tanto esperar.
Cielo bonito devuelve mi alma,
Cielito yo te pido otra oportunidad
Cielo no me hundas, no me desmorones
Cielito no me dejes sin saber la verdad.*

Se marcha casual, en perfecta calma, como si no hubiese dejado atrás los restos de un naufragio. Cada frase desgajó mi corazón, más confundido que de costumbre. ¿Me quiso decir algo? ¿Qué me quiso decir? ¿De quién es esa canción?

Llego a la casa, prendo la computadora y busco: “*Cielo no me hundas, no me desmorones, cielito no me dejes sin saber la verdad*”.

Los Fabulosos Cádillacs.

Te extraño [miss you]

Abbas, round 2. Esta vez ha prometido no abandonarme.

El destino de la noche es una fiesta “bestialmente llena de guilas”. Abbas ama el adjetivo “bestial”, se lo endosa a todo lo que puede. “Te vamos a ir *pumpeando* con Type O Negative”. Pongo mi clásica cara de ignorancia musical. “¿No los conocés? Bestial viejo, bestial” y enchuta el compacto en el *pickup* maltrecho que conduce. Plata no le falta, podría tener el auto de sus sueños si así lo quisiera, pero nada le provoca tanto placer a Habbas como manejar su gajo. “Que no se diga jamás que levanté un solo culo por mi carro”. Y se ríe, victorioso.

Arribamos.

“Nunca llegué a una fiesta antes de las 12”. Era la una y quince. La sala tenía el tamaño de una cancha de tennis y ya había sido declarada zona inhabitable. Todas las puertas de todos los cuartos estaban abiertas y todos estaban más que ocupados. “Sírvanse lo que quieran, guaro sobra”. Rubia sobre metro ochenta, sonrisa de plata y cara desorbitada. Abbas se acerca. “Ya te traigo un trago”. Me dice. Y va por ella. Y desaparece con ella. Y no vuelve.

El sofá está vacío pero encuentro más acogedor un espacio entre la pecera y el toca discos. De espaldas a la pared, dejo caer mi cabeza sobre el vidrio. Un elepé de los *Rolling Stone* ofrece el soundtrack a otra noche miserable.

Caballo de Madera

Roberto se va. No se lleva ni una maleta. Toma su juventud que apenas arranca y se va. Deja botado a quien lo considera su hermano y se va. Saca la visa, engaña a los gringos y se va. Promete escribir. Sabemos que no lo hará. Promete volver en un año. Sabemos que no lo hará.

No serán dos ni tres. Pasarán diez años antes de lo que lo volvamos a ver.

Y ya nada es igual.

Planeta cero

Cada vez que tocaba fondo me visitaba yo mismo. Viajaba del futuro y me reía en mi cara. Solo por un momento; para alivianar el ambiente, para establecer que todo estaría bien, que todo estaría mejor.

Después era empático y solidario, conversaba conmigo. Me explicaba, que llegado el momento, yo también me reiría de esto. Que de verdad, era cuestión de tiempo.

No recuerdo cuántas veces me salvé la vida.

La chica de los ojos café

Siempre hay una foto. Una. Alguien, tal vez sin prestar mayor relevancia al gesto, captura un momento cualquiera y lo detiene en el tiempo; uno de tantos. Los dioses conspiran y ese instante es perfecto.

Contra el más amable sol y el más oportuno viento, una joven de 14 años sonríe a la tarde sosteniéndose el cabello. Abrazando el borde de su muñeca derecha, una cola criminal amenaza con cambiar de posición para acabar la batalla contra la brisa. ¿Se amarró el pelo la muchacha? ¿Ganó Eolo la partida? No lo sabemos, no importa. Alguien, tal vez sin prestar mayor relevancia al gesto, capturó el momento exacto: mujer y vendaval por la eternidad de los tiempos.

Electrasonic V

A Elena la poseen dos versiones distintas de sí misma y yo no sé a cuál creerle.

Despedido por una máquina indiferente, había salido de su casa derrotado, de regreso a la mía en tono fúnebre. Dos horas de silencio y desamparo. Dos horas de amarga tortura de la memoria que se estremece como un látigo; del cerebro ahogándose en recuerdos.

Pasaron un par de días: el corazón bombeando la sangre por inercia, por rutina biológica, cerrado hasta nuevo aviso: “remodelando para servirle mejor”.

Entonces, un correo suyo. ¿Será que pone acá el último clavo? ¿Será que hasta nunca y muchas gracias? ¿Será que *eso es todo amigos?*

No, escribe Elena, la mía, la que yo conozco, la que todavía cree en nosotros, la que extiende el coma, la que sabotea mi paz mental.

Y dice: “*quiero que guardes la foto de la hija que podríamos tener, no la botes por favor, vamos a poder compararla después con nuestra o nuestro hijo y va a ser muy bonito enseñárselas*”.

Y yo le creo. Llorando con un recorte de revista en mis manos, le creo.

Tanto como un Dios

Estoy acompañando a Roberto, que sale con una buena muchacha, como para cambiar la costumbre. “Vení que necesito que alguien entretenga a la prima”. Yo asumo mi papel de eterno comodín. “Al rato y hasta te gusta”, insiste. No tengo agenda para que me guste nadie. Estoy por terminar el quinto año y no pienso graduarme sin conocer las gracias de Mayela. “¿Vos te pensás que voy a sabotearme la oportunidad con Mayela por una mocosa? “Ya veremos”.

Roberto inventa una excusa y se pierde con Jimena. Yo quedo en el parque con quien se presenta entre risas, como Elena. Resulta, claro, que ya nos conocemos, que nos conocemos hace 8 años, pero ella era entonces solo una niña de segundo grado. Resulta claro, que había crecido y que incluso llegó a ser novia de un buen compañero, con el que tomé más de una cerveza en honor a ella. Resulta, por supuesto, que es la criatura más hermosa que he visto en toda mi vida.

— ¿Querés un helado?

— No. No quiero un helado, quiero palomitas.

¿Y esta? ¿Cómo que palomitas? ¿De dónde piensa sacar palomitas?

¿Qué se fumó?

— ¿Qué decís? ¿Palomitas?

— Sí, no quiero un helado, quiero palomitas con mantequilla.

— Vale pero, ¿de dónde vamos a sacar palomitas un domingo en la noche en medio del pueblo?

— A la par de heladería venden. Las preparan en el microondas.

— ¿Estás hablando en serio?

— No sé, ¿te parece que estoy contando un chiste?

No quiere un helado, quiere palomitas. Y sabe cómo pedir las. Caminamos entonces hacia el local y tal cual, palomitas al horno. Cruzamos la calle y nos sentamos en las gradas de la escuela. Mientras trato de carburar cualquiera de mis rutinas cómicas, la miro comer, hipnotizado. No termino de asimilar como a su edad se toma la libertad de exigir maíz inflado para una improvisada primera cita. Ahí está, comiéndoselo como si fuera la duquesa de Alba. Y ahí estoy yo, en el escenario menos romántico del mundo, conociendo (otra vez) a Elena, preguntándome dónde ha estado todos estos años.

Manuel Santillán, El León *

Somos producto de los demás. De los que nos antecedieron. De sus horrores, de sus pasiones, de sus sacrificios, de sus locuras, de sus milagros. Somos accidentes históricos, somos el resultado de una buena o mala noche, de una buena o mala vida. De un incidente aislado, de un matrimonio arreglado, de una unión por conveniencia, de una pareja que se quiso, que se desquiso, de dos familias que crecieron a metros o a leguas, a kilómetros o a países enteros.

Venimos del eterno incierto, avasallando las estadísticas, superando todas las posibilidades. Somos un vuelo que se perdió, una clase de colegio, un trabajo que dejó más penas que glorias, un bus que llegó a tiempo, unas vacaciones de verano.

Somos el exilio, la dictadura, la final de la copa del mundo, el penal errado, la bala que dio en la rodilla que cubría al corazón. Somos la iglesia y la ciencia, el cine y los paseos al campo. Somos el anticonceptivo que falló, la familia que se desmoronó.

Somos producto de la caída de un castillo de naipes que se desploma hacia donde lo empuje el viento. Pudo tal vez mi madre nacer del lado equivocado del Río de la Plata. Pudo terminar en medio del mar. Pero no fue así. Pudo tal vez mi madre elegir mejor a mi padre. Pudo terminar en Montevideo con un tipo decente. Pero no fue así. Se vino detrás del hombre al más improbable de los destinos, al más dispar de los paralelos, al medio de la nada, al bosque tropical húmedo.

A su hermano lo arrestaron los milicos y lo llevaron preso. Pudo tal vez ser ella, pero no lo fue. Lo lloró hasta su liberación a miles de kilómetros de distancia, allá en la selva donde la abandonó mi padre, donde nací yo.

Pudo volver a su patria, pero no lo hizo. Pudo quedarse en el pueblo, pero no lo hizo. Partió a

la capital, donde crecí yo, donde se volvió a casar ella. Pudo dejar el trópico como un recuerdo nada más, pero regresó, y regresé yo.

Somos un reloj que cuenta las horas al revés, que apunta hacia todos los puntos cardinales y que marca los segundos en medio del azar. Somos un choque a la vuelta de la esquina. Somos una línea recta que esquiva el destino y que a veces, en contadas ocasiones, choca de frente con otra que cambia su dirección para siempre.

Yo pude no ser. Yo pude no conocerte. Pero fui. Y te conocí.

Y fuimos entonces un accidente bipartito, compartido.

Fuimos en ese instante la vida misma; antes, durante y después.

Carnaval toda la vida

Hay un momento de la vida en el que lo perdés todo. La asumís, bajás las armas y le das la razón al mundo. Llega inevitable y toca la puerta, tarde o temprano. No manda carta de evicción, se presenta sin advertencias.

Pero que la muerte, estar muerto en vida. Nos absorbe el miedo, nos ahorca la memoria y rendimos las fichas. Mudamos la piel por una cáscara artificial que adobamos con títulos de valor que no son más que mortuorios. La vida perfecta, la vida de la tevé; la vida que habría que renegar.

Preferimos mordernos la lengua y marchar como soldados de cuerda al llamado automático del inconsciente colectivo. Le encargamos a la nostalgia recordarnos lo que fue, como si no pudiera volver a ser, como si no tuviéramos otra opción.

Pero La tenemos. Siempre la hemos tenido.

Gitana

Cito a Rebeca en terreno neutral. Allá, entre facultades, zona verde, campo ferial. Sabe que conversaremos esta mañana y se presenta a la altura de las circunstancias: impecable. Nunca alguien se tomó tanto tiempo para verse tan informalmente perfecta. Valió la pena, hasta el último trozo de tela realza una figura ilegal.

Pero yo las traigo bien puestas y amarradas; no pasa de hoy. Nos escaló la situación y va en alzada. No puede pasar un día más sin resolverse, así, en frío, y no importa si noviembre habita en todos los huesos. Estoy a *esto* de que se salga de control y de que Elena se entere.

Culpable ya soy, entre besarla y desearla no hay diferencia, sobre el papel, todo un truhán en ejercicio. Pero las reglas de la vida todavía me eximen; estoy a tiempo de salir invicto y por la puerta grande: aquí no pasó nada.

Llegamos y no hay donde sentarse. ¿Quién habla de pie? Punto a favor de Rebeca y lo sabe. Se planta con las manos sobre la cintura (la debilidad...), sonrío, se muerde el labio y me clava los ojos. “Y entonces, ¿de qué querías hablar?”. Doble ventaja, pierdo terreno mientras trato de articular algo tan tajante como considerado.

¿Quién tiene la valentía para romper un corazón de frente? Nadie que yo conozca. Mucho menos alguien que haya visto aquellos ojos hacer agua a medida que avanzaba mi discurso. Pero Rebeca es un león herido, lejos de flaquear, recupera y asume la localía. Paso al frente, mano al cuello; nos llevó el Diablo.

No pienses que fui yo

Buzón de salida. Mensaje nunca enviado. Fecha desconocida.

“Tomá todo el tiempo que necesité: pero no te perdás en el camino. No dejés que la vida te derrote, no dejés que te quite lo extraordinario, que te seque el alma, que te convierta en una más. Si no querés volver no volvés, igual te espero, esta es tu casa. Pero si no volvés, que no sea porque renunciaste a tus sueños, que no sea porque apagaste aquellos ojos llenos de entusiasmo y asombro con los que mirabas el mundo. Que nadie nunca te quite tu magia: si no soy yo quien siembra un jardín de girasoles para vos, que sea alguien más... pero que a tus días nunca les falten flores. Elena, no privés al mundo tu sonrisa. Negámela a mí, que no la merezco, pero no se la negué al mundo, que la necesita”. - Santiago.

Siguiendo la Luna

Nadie me saca de su graduación, aunque no esté invitado, aunque entre a solas y me esconda en la última hilera. Nadie me roba ese momento. Porque es mío. Porque yo lo esperé por tres años, porque iba a marcar el instante en que finalmente estuviéramos juntos, en que pudiéramos vernos a diario, en que ya no tendríamos que esperar para encontrarnos.

No hace falta ocultarme o ponerme una máscara: soy invisible. Desde atrás la veo tantas veces como la llaman; es la mejor en todo. Cada sonrisa suya es una bofetada más fuerte, símbolo de los primeros éxitos no compartidos. Símbolo de una mujer empoderada, lista para dejar el pueblo y empezar de cero.

Salgo y me pierdo entre la multitud: paso desapercibido hasta para quienes querían señalarme para compadecerme. Mejor así, como si nunca hubiera estado ahí. Pero estuve.

Es noche de trópico, la Luna brinda la excusa para evitar el taxi, para animarse (en medio del desánimo) a caminar hasta la casa de Alberto. Son 7 kilómetros, dos de aceras y cinco de campo; dos de caras asustadas y desafinadas, cinco de bosque aliado y reparador.

En mejores años, cuando todavía vivía en la campiña, omitía ocasionalmente el bus y caminaba el mismo tramo desde el colegio hasta mi hogar. Ocasionalmente me acompañaron Javi y Beto, otras tantas rendía cuentas al camino en solitario: mis huellas marcaron la ruta más veces de las que podía recordar.

Pensaba en todo esto mientras avanzaba sobre la grama, con el llanto a cuestas, cada paso más pesado que el anterior. En ese momento me di cuenta de que no solo me despedía de ella; me despedía de las visitas al pueblo, de mis amigos, de las mejengas, de la caña, del café... de aquella senda que esa noche me despedía sin estrellas, sin camiones, sin Alberto, sin Javier, sin Elena.

El Crucero del Amor

Veinticinco de diciembre.

Quizá motivada por la Noche Buena contesta un correo diciendo que me ama, que *soy y seré* por siempre, pero que no sabe si *seremos*. De pronto -me atrevo a pensar- la sacude saber que nunca compartimos una Navidad y la ilusiona imaginar que tal vez algún día lo haremos. Que quizá la próxima. Que quizá para entonces estemos bien, estemos juntos. Pero le doy vueltas a la misiva y quedo más confundido de lo que estaba. Ya no sé hacia dónde leer. Busco entre líneas pero no hay nada oculto, está clarísimo: sus palabras están tan extraviadas como su corazón.

Me dice apasionada que quiere acostarse y levantarse todos los días a mi lado pero de inmediato me aclara que solo quiere ser mi amiga, que ahora no puede estar conmigo. Debajo de su nombre, remata con la más dolorosa despedida posible: "*Te amo con cada fragmento de mi corazón roto*".

Destino de paria

He sido afortunado. Han pasado meses desde el ingreso a clases y no nos hemos vuelto a topar. Pero no todo es cuestión de suerte, a veces hasta el azar necesita de un bastón. Tomo entonces medidas evasivas y me despido para siempre de los bares de San Pedro... las cantinas de La California me ofrecen su refugio estratégico. Se camina más, pero se pasa mejor. Se sobrevive.

La U, en cambio, es campo minado. Aunque mi facultad y la suya están a dos mundos de distancia hay territorios comunes potencialmente letales, desde la fotocopiadora y el comedor hasta las áreas verdes y el pretil, base central de operaciones de la vida social universitaria. Cuando tengo que pasar por la zona entro en modo ninja y no camino; vuelo.

A veces divago y pienso que sí quiero topármela, que quiero verla, tan solo verla. Llego incluso a convencerme de que un encuentro accidental podría ser sano y marcar un nuevo inicio sin momentos incómodos para ella, potencialmente mortales para mí. Pero pasan las semanas y no da señales de vida...

Hasta que llega junio, mes de desgracias.

Camino desprevenido y campante con Jafís cuando Elena aparece frente a frente, ineludible. Una culebra polar sacude mi espalda mientras empiezo a ensayar el “Hola, ¿cómo estás?”. Se me agita el pulso y se me seca la boca, no consigo articular palabra. Pero no hace falta. Elena pasó recto: ni siquiera notó mi presencia.

— Qué pasó huevón, te pusiste pálido, parecés un fantasma.

— No parezco. Soy.

Venganza

“No basta con una sola vida para odiarte como yo te pude amar”.

Dicen que el dolor tiene 5 fases y que el enojo es apenas la segunda; rebote natural y humano de la incredulidad con la que afrontamos la pérdida fresca. Yo no sé si es cierto, me tiene sin cuidado. Puedo dar fe, en todo caso, de que ardo en furia. De que quiero celebrar el día en que este infeliz la deje. De que quiero que sepa lo que se siente verla de la mano con ese tipo. De que quiero que se sumerja en la más oscura soledad y que me tenga que buscar arrastrándose desde ahí.

Pasaron los años y, por supuesto, nunca llegó a estar sola, mucho menos a extrañarme.

En uno de tantos, nos encontramos en un concierto y esta vez era yo el que se paseaba de la mano de su nueva pareja. No fue una victoria moral, mucho menos un ajuste de cuentas. No supo a gloria, no supo a nada... fue una venganza insípida, en diferido, un letargo monocromático, un instante durante el que solo alcancé a pensar: ¿Por qué no pudiste ser vos?”.

Cartas, Flores y un puñal

Cada tanto, aunque fuera por efecto rebote, me llegaba un cable de Elena. Pasaban meses, a veces años, pero siempre golpeaban por igual. En el desvarío de aquella confusión, dentro una película que no tuvo secuela, mantuve siempre la idea de que yo era una especie de plan b: una alternativa ideal para cuando todo lo demás fallara.

Cierta vez encontré a un viejo amigo del pueblo que Elena y yo teníamos en común. No nos topábamos a menudo pero el tema de conversación (mío) siempre era ella, aunque fuera por seguir su vida a la distancia.

— Entonces está de novia. ¿Es serio?

— Y bue, qué se yo.

— Di, la ves muy enamorada o no.

— No sé. A mí lo que me dijo es que Santiago solo hay uno.

El único telegrama del año, directo al hígado.

El aguijón

Cada uno de mis seres queridos procura, a su manera, bajar la dimensión del asunto. Desde la perspectiva adulta, un divorcio es una tragedia pero perder al primer amor es una anécdota.

Quizá lo más agudo del dolor sea tener que compartirlo con quien lo subestima y estandariza. Entonces, como el muchacho está jodido, hay que mandarlo a arreglar. Caso de persistir la cara de tragedia el diagnóstico psicológico es fácil. Se sabe, no existen problemas del corazón; existen problemas de la cabeza.

No queda de otra: vas a que te vean y a que te digan que estás mal, que te tenés que tomar esto, que hay que repasar esos pensamientos autodestructivos. “Lo suyo es grave, me gustaría verlo dos veces por semana”. No sé que pretende, ¿que le hablé de días soleados en medio de la ruptura más dolorosa de mi vida? ¿Acaso nunca vivió una? ¿Acaso nunca quiso a alguien así?

Regresás a casa y te bajás lo que te recetaron junto con toda la hierba de San Juan que te venden en la farmacia. Y te pintás el pelo. Y te metés al gimnasio. Y tomás el sol. Y como todo sigue siendo una mierda considerás pedir que te manden al más distante antro laboral.

Pero te llega un mensaje.

Otro.

Y dice: *“Quiero que sepas que yo quiero darnos una oportunidad que valga la pena, no quiero pasar el resto de mi vida recordando esto”.*

Y la cabeza, célula por célula, explota.

Estás (otra vez) convencido. No hay marcha atrás, esto funciona. Si hay alguien que puede entenderlo es ella, que compartió la misma ilusión en la misma capilla, que se convenció también de que aquello no era fortuito ni casual.

Y te prepararás para ser el mejor vos que hubo o habrá. Sacás la licencia y buscas trabajo, dejás de fumar; despejás la mente, tomás clases de yoga, considerás dejar la carne roja, hacer deporte. Te volvéis a pintar el pelo de tu color. Y pensás en una visita sorpresa, en buenos términos, sin afán de nada, en plan amigos, que es lo que pide.

Pero ella se va a la playa,

y no se va sola,

y no falta quién te lo cuente.

Entonces no creés en nadie, y de pronto sí, de pronto no estás mal del corazón, de pronto estás mal de la cabeza. Y todas las pastillas del mundo no son suficientes.

Soledad

A las ocho y media voy de salida. Es tarde en casa de mis suegros y es tarde en casa de la abuela de Elena, donde dormiré esta noche. La gran doña Carmen, siempre de gesto amable: “¿no se le ofrece un café?”, “recuerde que la termoducha está bajita”, “si necesita otra cobija me avisa”.

En el cuarto de huéspedes, un viejo televisor esquinero. Es hora de cinema del sábado, dan una película del New York de los cincuentas y la falta de color le sienta bien. Dos amigos músicos manejan un Chevy y abundan las carcajadas y la buena vida. Contagian entusiasmo y nostalgia por partes iguales. Todo el glamour, todo el neón, todo el güisqui, todas las chicas. Uno se siente parte de la pandilla y quiere compartir su gloria. Pero la cinta termina. Y el cuarto vuelve a ser enorme.

No dejo de pensar entonces que yo no aspiro a tanto, que mi único plan para el futuro es pasar con Elena todo el tiempo que me sea posible. No más.

Ahora mismo no pasa de un anhelo, pero todo está en esperar, en seguir esperando. Un día a la vez. Sin prisa, pensando primero en mañana, que será domingo y será la vida adulta: sin horarios, sin paredes, sin toques de queda.

Hora Cero

“Mi mamá no te desquiere, mi papá es otra cosa pero ella te estima mucho.” Elena, en una de sus cartas, refiriéndose a la eterna guerra fría entre los padres de una mujer adolescente y su novio tres años mayor.

¿Quién puede culpar al viejo? Su otra hija ya es madre y Elena tiene un futuro brillante que no debe ser truncado por un incidente temporal, que es como me ve el hombre: nada más que una indeseable circunstancia pronta a ser olvidada.

Así, con el paso de los meses, la ansiedad del patrón escalaba. Yo seguía figurando en el mapa físico político de su hija y peor aún, en todas sus cartas astrológicas. Recio, pero educado, mantenía una distancia alemana de su yerno. Sobra decir que yo le respetaba y temía: todo contacto con el tipo era sistemáticamente reducido al mínimo.

Los meses fueron entonces años y el incidente temporal pasó a ser un incómodo constante. ¿Qué hace un padre en sus zapatos? Mientras tuvo oportunidad maquinó artimañas elementales de toda clase. Echó a mano cuanta restricción pudo a ese mal llamado derecho a la libertad de tránsito. ¿Garantía constitucional? Eso de nada vale a la par del eterno “mientras vivas bajo este techo...”.

Ninguna límite funcionó, Elenita y yo no aflojamos. Pleitos fueron y vinieron pero tres años después todavía estábamos juntos para la desazón de propios y extraños: sus pretendientes desahuciados, su padre resignado. Nosotros felices.

En cuestión de meses mi suegro perdería la batalla: Elena cumpliría los 18 años y se mudaría a la capital. Tal vez, después de todo, sería mejor malo conocido que bueno por conocer.

¿Qué hace entonces un padre en sus zapatos? Sube la copa, firma la paz, reconoce la derrota.

Y eso hizo, a su modo. Roble inalterable, no cambió su estampa ni su discurso, pero tuvo entonces un gesto con el cual lo dijo todo. Regresábamos de un paseo a la montaña y topamos de frente con un majestuoso lago artificial de reciente apertura.

— ¿Ya lo vio, Santiago?

— No señor, no lo conozco.

— Vamos a dar una vuelta.

— Pero papá, ya nosotros la conocemos (Daniel, el menor).

— Si, Daniel, pero Santiago no.

Y así, sin decir nada más, me dio finalmente la bienvenida a la familia.

Fiebre 90

Recuerdo la madera de la escuela cimbrando con el paso del tren. Recuerdo a la maestra levantando la voz, compitiendo contra la locomotora para hablarnos del poeta. “El poeta”, así, sin aludir a su nombre. No hacía falta: lo llevábamos en el escudo de la camiseta.

Recuerdo visitar su tumba y a la maestra leyendo su prosa. “Ustedes están muy chicos ahora, pero mejor así, mejor que el amor no los agarre desprevenidos y que sepan desde ya a qué atenerse”.

— Niña Flor, ¿por qué murió Debravo tan joven?

— Por que a veces, los grandes hombres y las grandes obras perecen antes de tiempo.

La niña Flor, buscando poesía hasta en la muerte.

Recuerdo que al año siguiente cerraron el ferrocarril y poco después, con solo 22 años, murió nuestra maestra. A veces las grandes mujeres también perecen antes de tiempo.

Vos Sabés

El bus tarda mucho más de lo que debería... así pasa cuando la angustia aprieta el estómago contra las costillas: el tiempo cojea. Avanza a cuentagotas.

Todas las mujeres que veo a lo largo del camino están embarazadas. Se multiplican como el dengue en agosto. Sonríen, optimistas, ¿cómo se atreven?

Las curvas de la ruta esta vez sí me marean. Sudo en frío: ¿qué vamos a hacer?, ¿cómo lo vamos a explicar?, ¿qué va a ser del resto de nuestras existencias? La culpa, a flor de pecho: le arruiné la vida.

No importa que yo encuentre un trabajo, no importa que tanto nos queramos, no estamos listos, es demasiado pronto, Elena está demasiado joven. “Me van a matar”, me dijo... y se me vino abajo el mundo. “Voy para allá mañana, mejor saber cuanto antes”.

El bus tarda mucho más de lo que debería... no puedo dejar de pensar en ella, en las consecuencias que esto tendría. Su carrera, su futuro. Me abstraigo, como si no me afectara a mí también, como si no me importara tanto como debería, como si no fuera el peor de los contratiempos. ¿Será?

Camino con un yunque en cada pierna. Todo me da vueltas, ¿cómo cambia la vida en un segundo! ¡En una frase! ¡En un beso!

Viene corriendo hacia mí, ataviada en su atuendo de educación física, radiante como pocas veces. De su sonrisa florecen y se alimentan todas las demás. La observo confundido, no puedo articular palabra. “¡Mi amor! ¡Tenía tantas ganas de verte!”. Normalmente la frase habría

sido vitamina para el alma pero hoy las circunstancias son históricas, hoy la vida entera está en juego y ella, tan espontánea y distraída como un día cualquiera.

No deja de hablar, emocionada, compartiendo buenas nuevas sobre sus últimos exámenes. “Ya casi se acaba la espera mi amor”. Sí, ya casi, pero antes hay algo que resolver. El corazón me late a la altura de la garganta y apenas alcanzo a dibujar un “pero...” cuando reacciona sorprendida, como si hasta ese instante hubiera recordado el motivo de mi visita relámpago. “¡Ah, eso! ¡No tenemos nada de qué preocuparnos ya todo está en orden! ¡Nos salvamos!” Se ríe, casual: la marca de la casa. Me toma de la mano y me pregunta hasta qué hora me voy a quedar.

Nos salvamos.

¿Nos salvamos?

Verano Salvaje

Escucho a Jafis: ha sido suficiente.

La capital escupe concreto en mis venas y necesito aire. Andrea organiza otro viaje a la playa y una vez que Rebeca confirma, acepto la invitación. Alberto se suma, insiste en cuidar mis espaldas, es el único que todavía cree en Elena y yo como un todo: “Ustedes tenían lo que cualquiera desearía”. El pobre, sin saberlo, termina de plantar la cruz. Durante todo el viaje no dejo de pensar en sus palabras.

“Tenían”, pretérito imperfecto, expresa continuidad de una acción en el pasado. Beto, un optimista del corazón y la gramática. El verbo correcto, sin embargo, es “tuvieron”, pretérito perfecto, el que nos deja saber que la acción ya está finalizada. Que ya fue y no será más.

La silueta de Rebeca frente al mar es verbo indicativo y presente. Toda ella lo es.

Ciego de amor

“Te lo juro que ayer cuando me llamaste, sentí una de las emociones más grandes de mi vida”. Correo de Elena, escrito al vacío porque sabe que no tengo cómo leerlo aquí, en la Francia recóndita y aldeana. No lo he visto y no hace falta, desde aquél teléfono público en el medio de la nada, su voz se escuchaba eufórica, llena de vida y sorpresa. La tarjeta se gastó al instante pero todos los francos del mundo son moneda muerta a la par del color de su voz.

Muerte Querida

Tengo el presentimiento de que no la volveré a ver, de que este abrazo desgastado es lo último que sabré de ella antes de que inicie, final y formalmente, su nueva vida. La apatía en su trato casi raya en hastío, está lista para volver a empezar y me quiere fuera del camino tan pronto como sea posible.

La acompaño hasta la puerta: no me invita a pasar. Tengo claro en ese momento que nunca llegaré a conocer su apartamento, que lo que queda de nosotros dos ya no queda; que no queda nada.

Quiero llenarme de valor y pedirle, exigirle, un último abrazo de verdad, un último beso, un adiós más digno, una muerte a la altura de las circunstancias. Pero ella me da la espalda y marcha firme a la distancia, su figura cada vez más parte del paisaje y menos parte mía.

Gélido, me quedo sin alma, me quedo sin voz; soy una lápida en medio de la acera. Elena, indiferente, cierra la puerta sin mirar atrás. No nos volveremos a ver en 5 años.

Hoy lloré canción

Leí una tras otra, decenas de cartas. Lloré entonces con el dolor que solo entiende quien lo ha sentido, quien sabe cómo quema la sangre espesa en el pecho, cuando el corazón es una bomba de tiempo. Lloré su abandono y el mío. Lloré su traición y la mía. Lloré un futuro que nunca podría competir con el pasado. Lloré espíritus y emociones. Lloré tristeza y melancolía, lloré el frío de sus manos ausentes. Lloré palabras y canciones, lloré amores que como tantos grandes hombres, tantas grandes obras y tantas grandes mujeres, murieron antes de tiempo.

Calaveras y diablitos **(si te ahorca la memoria... no te dejes arrastrar) [sic]**

La espero a la salida de su facultad, quedamos de vernos, conversar. Pasan los minutos y pasan las gentes pero de ella no hay señales de vida. Me armo de valor, no de paciencia: podría esperar toda la vida.

Me siento en las gradas, enciendo un cigarro, lucho por no perder la pose. Y espero...

Una hora después, una muchacha se me acerca con gesto tímido y me dice “creo que esa nota en la puerta es para usted”. No alcanzo a agradecerle, doy tres pasos al frente, reconozco su letra y leo: “Me adelantaron el examen, salí muy temprano, llamame, perdón”.

No nos vimos ese día en la U.

Ni el siguiente.

Ni ningún otro.

Amnesia

- Dice Elena que usted la acosó por años.
- Eso no es cierto.
- Tranquilo mae, no tiene que negarlo. Yo sé lo que duele perder a alguien.
- Eso dolió en su momento. Lo que duele ahora es que ella decida recordarlo así.
- ¿Decida?
- Sí, usted con los recuerdos puede hacer lo que quiera. Yo podría recordarla como una bruja, para ponerme a la altura de su versión.
- ¿Por qué no lo hace? Tal vez sería más fácil.
- No quiero que sea fácil. Quiero que sea real.

El golpe de tu corazón

El mapa dice 64 kilómetros pero la distancia podría ser cualquier otra: un océano, un continente, un país, una ciudad, un pueblo, un barrio... todo espacio superior al milímetro es igualmente dañino para quien extraña, para quien necesita. Ella lo sabe y deja un recado en mi agenda: "... si te turba medroso en la alta noche tu corazón, al sentir en tus labios un aliento abrasador, sabe que, aunque invisible, al lado tuyo respiro yo".

Poesía de Bécquer para mitigar su ausencia, para sentirla a mi lado. Bajo el poema, su firma: "tuya por siempre, Elena".

Me acuesto pensando que esto es para toda la vida.

Saco Azul

“Sepa que lo admiro”. Mensaje de texto de Ariel, animándome frente al encuentro clandestino con mis demonios. No sé cómo llegamos aquí. No sé cómo 5 años después quedamos de vernos. No sé porqué imagino que será determinante, que este encuentro definirá el resto de mis días. Llevo el corazón en la mano y me pregunto qué habrá sido de ella.

Sé que yo no he cambiado nada: sigo tan perdido como la última vez que nos vimos. Pero Elena no lo sabe: podría fingir ser alguien distinto, un tipo seguro de sí mismo... No tiene caso, la fachada se caería frente a cualquiera de sus líneas.

Entro y de golpe estoy en jaque: la acompaña su mejor amiga. Mintió descaradamente y desde el primer segundo deja su mensaje claro: “no podría importarme menos verte”.

Pretendo estar a la altura de las circunstancias y saludo efusivo. En acto reflejo pido una cerveza para no verme fuera de lugar, aunque es claro que lo estoy. La conversación es robótica, absurda, vacía, superficial.

Llega la segunda cerveza. Pasan por la mesa algunos de los locales y todos la saludan, hablan de *la playita* y *la buena vibra* y yo empiezo a sentirme desahuciado. Le escribo a Ariel: “No sé cómo se me ocurrió que esto era una buena idea”. “Aguante como los grandes”, contesta. Ella toma el teléfono de golpe, lee y se permite reírse en mi cara. ¿Qué se sentirá tener tanto poder tanto tiempo después? Me doy lástima.

Su amiga intenta alivianar el ambiente con bromas que aluden al pasado, Elena (o esta versión irreconocible de ella) la liquida al vuelo. La habría preferido hostil, distante, pero no así, apática, cínica, indiferente.

Tercera cerveza y final. Estoy listo para irme y cerrar el capítulo para siempre cuando dispara su último dardo, a traición: “Ah, de fijo en la boda de Santiago voy a entrar como una loca a gritar que me opongo”.

Tomo un trago casual, tratando de que todas las alarmas en mi cerebro no revelen mi instantáneo colapso emocional. No sirvió de mucho; su risa burlona es mi último recuerdo de ella.

La vida (muchos, muchos años después)

— No puedo creer que haya pasado tanto tiempo.

— La vida dura 2 minutos y 48 segundos.

— Pareciera, pero en aquellos años pensábamos que sería eterna.

— Teníamos todo a nuestro favor, nadie nos podría haber convencido de lo contrario.

— ¿Qué pasó entonces?

— Paso eso mismo; la vida.

— *Pasiones, amores, traiciones, sueños, mentiras...*

— Sí Elena, *una comedia de ilusiones*. Y después ya no.

— ¿Por qué?

— Porque nos lo permitimos. Nos resignamos a ser todo lo que nunca quisimos ser, como si fuera inevitable.

— ¿Te referís a nosotros?

— Sí y no. Me refiero a todos. Tan ocupados siendo adultos.

— Santiago, en algún momento hay que crecer, madurar.

— ¿Por qué? ¿Para comprar casa y carro? ¿Para ponerle un nombre simpático al perro?

¿Para quedarle bien a mamá y papá?

— ...

— ¿Te acordás de aquella vez que cruzaste todo el pueblo caminando para sorprenderme en casa de Alberto?

— Me diste un vaso con agua. Estaba tan cansada que se me resbaló y lo quebré.

— Los cachetes te vibraron de rojo por la pena.

— Y por el sol.

— Pero no dejabas de sonreír. Cansada, acongojada, pero sonriente.

— Sí, recuerdo...

— Cada cierto tiempo, cuando necesito recordar de donde vengo, repaso esa sonrisa.

¿Alguna vez has pensado en eso? ¿En el poder eterno de un gesto? ¿En una sonrisa particular como fuente de inspiración para una vida entera?

— Pues la verdad no.

— Tal vez a tu vida le hace falta un poco de poesía.

— Tal vez... No he borrado tus correos. Cada tantos años, los reviso.

— Me da pena pensar en lo que escribía entonces.

— No estaban tan mal. Siempre me ponen a pensar.

— ¿En qué?

— En que es triste saber que pase lo que pase, nunca vamos a ser tan felices como lo fuimos en aquel entonces.

— ...

Pero lo fuimos.

Nadie podrá quitarnos eso.

Sobre el autor

Diego Delfino es director de 89decibels y editor de la revista Su Casa. Una vez al mes le publican una Tinta Fresca en el periódico La Nación. Se alimenta de café, novelas ilustradas, música y videojuegos.

Mi novia se cayó en un pozo ciego es su primera novela corta y cuenta, a través de la discografía de Los Fabulosos Cadillacs, la historia de amor y desamor entre Santiago y Elena.

Más información en www.pozociego.com